

el devenir de la comunidad judía en los EE.UU., pues aunque parte del planteamiento habitual, de la persecución europea, el arribo a Brasil, y de ahí a las colonias norteamericanas, en cambio, no incide en el papel de la *Sinagoga de Tauro*, ni la búsqueda de la *tierra prometida* de Rhode Island, ni el papel de Penn y de Williams; se ofrecen semblanzas de otros protagonistas no tan mediáticos, pero igualmente relevantes. También es de destacar su manera de abordar el cuestionamiento del *melting pot* (crisol cultural estadounidense), sin caer en un excesivo victimismo.

En definitiva, la presente obra colectiva es una buena muestra del eclecticismo que ofrecen hoy en día los *Estudios Culturales* -con sus aciertos y errores-, para acercarse desde la combinación de diversos enfoques (e.g. Historia y Filosofía, Religión y Arte, Derecho y Política, Psicología y Sociología), abordándose así el rico crisol que es Norteamérica, en especial los EE.UU. Se recomienda la lectura de los dos volúmenes, así como la consulta de otros números de la colección en la que se enmarca; se recurre de este modo a la fórmula del Prof. de la Hera, cuando aconseja obras que lo merecen -y así se hace por reconocimiento a su magisterio (como Americanista y Iuseclesiasticista)-: *se recomienda este trabajo por ser "una obra de apasionante lectura y garantizada seriedad", además de ser de lo más plural y reflejo del citado crisol que pretende retratar.*

ANTONIO SANCHEZ-BAYÓN

VICENT, Catherine y TALLON, Alain (dirs.), *Storia religiosa della Francia*, a cura di LUCIANO VACCARO, Centro Ambrosiano, Milano, 2013, vols. I y II, 640 pp.

Por iniciativa del doctor Luciano Vaccaro, la Fundación Ambrosiana Pablo VI, de la Diócesis de Milán, ha publicado esta obra, proyectada ya el año 2009, con ocasión del Coloquio tenido en Villa Cagnola di Gazzada sobre la Historia religiosa comparada de Italia, Francia y Alemania, que viene a colmar un vacío existente en el conjunto de los 17 volúmenes, ya publicados, en la nueva Serie de la "Europa Ricerche", por el Centro Ambrosiano de Milán. La realización de la obra ahora publicada fue encomendada, en su momento, a dos jóvenes profesores universitarios de Francia: Alain Tallon, Profesor de Historia Moderna en la Sorbona, y Catherine Vincent, Profesora de Historia Medieval en la Universidad Paris-Ouest-Nanterre. Bajo su dirección, han colaborado los 25 autores -casi todos profesores de diferentes universidades francesas-, cuyas colaboraciones, traducidas después al italiano, forman el conjunto de la obra que ahora merece nuestra atención.

Como hace notar, en la *Presentazione*, André Vauchez, del Institut de France, Paris, la publicación de estos volúmenes es particularmente oportuna, porque, aunque existen traducciones al italiano de grandes obras de Historia de la Iglesia o del cristianismo, realizadas por autores franceses, como la *Storia della Chiesa*, de A. Fliche - V. Martin, o la *Storia del Cristianismo*, dirigida por J. M. Mayeur, Ch. Pietri, M. Venard y A. Vauchez, no se había publicado hasta ahora una historia religiosa de Francia, en italiano, que pueda ofrecer a los lectores menos eruditos una información clara y actualizada de la historia religiosa de Francia, realizada por los historiadores franceses más acreditados, por haber contribuido a la renovación de la Historia religiosa de Francia entre los años 1960-1990, o por haberlos sucedido en la dirección de las instituciones de investigación universitaria en ese sector de la Historia religiosa. De ahí que la obra se sitúa en línea con las grandes

obras antes mencionadas, aunque se presente en forma más condensada, y es un fruto directo del “giro copernicano” que ha conocido la historiografía francesa en los últimos cincuenta años, gracias al empeño de los investigadores que han estudiado la historia religiosa a la luz de las ciencias humanas y sociales, sin renunciar a su objeto específicamente religioso.

Como indica su título, no estamos ante una Historia de la Iglesia, ni siquiera de las Iglesias en Francia, porque se abre a un campo religioso más amplio para referirse también a la presencia del judaísmo y del islam en Francia; pero ese tratamiento se hace sin olvidar que la historia religiosa de este país se identifica en gran medida con la del catolicismo francés, que, incluso después de la Revolución, permaneció siendo, como se hace constar en el Concordato de 1801, “la religión de la mayoría de los franceses”. Además, la opción de estudiar el fenómeno religioso desde esa perspectiva viene exigido por el estrecho vínculo multisecular existente entre el cristianismo y la nación francesa, desde el mismo momento de su nacimiento como nación, y ha sido firme garantía de su unidad nacional, de manera que la Historia está obligada a penetrar en esa realidad de fondo, por más que la laicidad del Estado haya influido tanto en la Francia del mundo contemporáneo.

Abierta a esa dilatada historia plurisecular, la perspectiva histórica característica que mantiene la obra es su atención preferente al conjunto de las manifestaciones religiosas, sean predominantes o minoritarias, ortodoxas o desviadas, y, sin dejar de lado al clero, pone el acento en la vida religiosa de los laicos, que en todas las épocas han constituido la gran mayoría de los fieles y, sin embargo, durante mucho tiempo, han estado casi olvidados por las tradicionales historias de la Iglesia.

Françoise Prévot, de la Universidad Paris-Est Créteil Val de Marne (Paris XII), con su exposición sobre “La primera comunidad cristiana de las Galias (desde los orígenes al siglo V)”, da inicio a la serie de las diez colaboraciones que se ocupan de otros tantos aspectos históricos de la Edad Antigua y de la Edad Media. En ella refiere los rasgos básicos que se conocen de las primeras comunidades de Vienne y Lión, desde el año 177, y su madurez, reflejada en las enseñanzas del concilio de Arlés del 314, para mostrar luego los datos que muestran su florecimiento en los siglos IV y V, que, lejos de decrecer ante las invasiones de los bárbaros, con sus luces y sombras, experimentaron una verdadera consolidación espiritual y material.

Con el título: “La cristianización del reino de los francos”, Bruno Dumézil, de la Universidad Paris Ouest-Nanterre-La Défense (Paris X), destaca cómo la cristianización del rey de los francos favoreció la puesta en acción del poder episcopal, el renacimiento del monacato y el papel central que, sin duda, tuvieron las élites laicas en la vida del reino. Más difícil resulta percibir la incidencia del cambio en la masa del pueblo iletrado por los pocos elementos de información contenidos en las fuentes de la época; pero se destaca el influjo que en él ejerció el culto a los santos cristianos, y cómo gradualmente fueron cambiando los usos de la vida diaria, especialmente en lo relativo al matrimonio y a la vida de familia.

Se inicia la colaboración de Michel Sot, de la Universidad Paris-Sorbonne (Paris IV), titulada: “La Iglesia carolingia”, haciendo notar que, con Carlomagno, resultan concomitantes la reforma de la Iglesia y la creación de un Imperio, para destacar la importancia dada a la consagración del rey y su estrecha vinculación con la Iglesia de Roma y con el Papa, como precedentes de la nueva ideología imperial. Se hace notar después que las referidas innovaciones tuvieron como finalidad la guía del pueblo a la salvación, para pasar a analizar cómo contribuyeron a ese fin los monjes con su plegaria y su poder.

los obispos y los presbíteros por sus actuaciones en unas estructuras pastorales consolidadas. Se da razón, después, de la vida religiosa de los laicos, con particular atención al matrimonio y a las prácticas religiosas. Un tercer paso en la exposición destaca la importancia capital, en la historia de la cultura religiosa, que representa ese periodo de la historia de Francia, especialmente por la proyección social que tuvieron las escuelas establecidas para la instrucción del clero y por la importancia que alcanzó la cultura del libro.

“Encuadramiento de los fieles y prácticas religiosas (siglos VI-XI)” es el título de la colaboración realizada por Charles Mériaux, de la Universidad Charles-de-Gaulle (Lille 3). Es una visión de las iglesias rurales, desde la época merovingia hasta la reforma gregoriana, que se inicia indicando los rasgos del ordenamiento del clero y las prácticas de vida cristiana vividas por los fieles. La atracción del más allá, proyectada en el culto a los santos, el nacimiento de los cementerios y la memoria de los muertos, constituye el segundo núcleo de la exposición, que da paso después a la consideración de las iglesias rurales -privadas o de propiedad colectiva- y a los clérigos adictos y oficiantes en ellas. Particular interés tiene lo relativo a los orígenes de las parroquias rurales que “después de haber atraído demasiado la atención de los historiadores del derecho y de la demografía -éstos últimos demasiado preocupados por el esquema de hipotéticas parroquias ‘primitivas’ vinculadas a los grandes dominios antiguos y a la historia de sus sucesivos desmembramientos- es objeto de una valoración nueva: la organización de las iglesias rurales consistía en una red homogénea de iglesias, servidas por un presbítero, que desempeñaban todas las mismas funciones, sin que ninguna de ellas tuviera autoridad sobre un territorio, como dijeron los canonistas del siglo XIII, en particular Enrique de Susa” (p. 111).

Dando un salto notable en el tiempo, el estudio de Denyse Riche, de la Universidad Lumière (Lyon 2), se titula “Monjes y eremitas (siglos XI-XV)”. La consideración del monacato se inicia destacando los aspectos de tradición y de renovación que implica la reforma cluniacense, como una iglesia monástica, para referirse después al papel secundario del monacato femenino. Con relación al anacoretismo, se destaca el auge que experimentó en su retorno histórico, se da razón de las experiencias diversas de este ámbito y se destaca la novedad histórica que supuso la reclusión, como anacoretismo urbano. El paso final el estudio trata de las luces y sombras del monacato a finales del Medievo.

Centrándose en un periodo histórico menos dilatado que el anterior, el trabajo de Jean-Hervé Foulon, de la Universidad de Provence (Aix-Marseille I), lleva por título: “La reforma de la Iglesia en Francia en los siglos XI y XII”. Se da razón, en primer término, de las estructuras, horizonte espiritual y tendencias de la Iglesia pos-carolingia y de su limitada efectividad. Seguidamente se presenta el paso histórico nuevo que supuso la reforma gregoriana impulsada por el Romano Pontífice, con la importancia que alcanzó la apelación a la cátedra de Pedro y las tensiones y resistencias que encontró, particularmente de parte del emperador germánico. Finalmente, se consideran las líneas operativas de la reforma gregoriana en acto: la reforma del clero, el gobierno de los obispos y la santificación de los laicos.

“Protestas, herejías y movimientos espirituales (siglos XI-XV)”: ése es el título de la colaboración de Jean-Louis Biget, de L' École Normale Supérieure, Lyon, quien no parece definir bien el objeto de su estudio, al iniciarlo así: “La herejía se define como una oposición a la Iglesia y a sus clérigos. Éstos la definen y la dan nombre” (p. 171). Tampoco parece acertar el autor al considerar que el retorno de la herejía, en torno al año 1025 en Francia, consistió en una proliferación de tendencias contrarias a los sacra-

mentos, para centrarse únicamente en la palabra de Dios, y que, al proceder así, tales herejías, en realidad, “rechazan simplemente los cambios eclesiásticos que tuvieron lugar desde el siglo X” (p. 172). Es de notar, además, que el relato expositivo, sobre las diferentes herejías de la época, se va haciendo prescindiendo, casi siempre, de las debidas anotaciones críticas que muestren la objetividad de la exposición, pues sólo encontramos en ella cuatro referencias anotadas.

Fabrice Delivré, de la Universidad Paris I -Panthéon-Sorbonne, da este título a su exposición: “Papas y reyes del siglo XIII al XV”. En ella se ofrece una síntesis muy documentada y bien lograda del devenir de las relaciones entre el Trono y el Altar en el país que, en la época que se estudia, ejerció un influjo predominante sobre el papado, sumergido en una de sus peores crisis históricas. Se inicia la exposición contrastando la situación representada por Luis IX, como ideal de rey consagrado y santo, con la que encarnó Felipe el Hermoso como rey “cabeza de la Iglesia”, cuya preponderancia sobre el papado contribuyó a que la ciudad de Lión se convirtiera en otra Roma. A continuación, se hace una síntesis certera de la historia de los papas en Avignon, de la posición del reino de Francia ante el gran cisma y de algunas experiencias de la Iglesia galicana en manos del rey y del papa.

“El fervor pastoral y la práctica religiosa (siglos XIII-XV)”, es el título de la colaboración de Catherine Vincent, de la Universidad Paris Ouest-Nanterre-La Défense (Paris X), quien da razón de las incidencias más significativas de la actividad pastoral desempeñada por las parroquias, cuyos párrocos, gracias a la madurez alcanzada por la Universidad de París, pudieron mejorar su preparación para desempeñar con más eficacia su ministerio. Se comprende, por eso, que fuera la Facultad de Teología de la Universidad de París el núcleo decisivo del enfrentamiento entre el clero secular y los mendicantes y que el acuerdo logrado en ese ámbito, gracias a la intervención del Papa Alejandro IV, proyectara sus efectos benéficos en la actividad parroquial desempeñada en todo el reino, a pesar de la incidencia que, en el ámbito beneficional, tuvo la crisis del papado. Pero lo que Catherine Vincent quiere destacar más en su estudio, es el crecimiento de la iniciativa laica en la actividad de las parroquias, gracias al desarrollo de las fábricas de las iglesias, a las fundaciones y cofradías de intercesión y a la presencia de los laicos en las obras de caridad. Y, analizando aspectos más incidentes en la vida espiritual de los fieles, se exponen también los aspectos nuevos del culto a Cristo, de la piedad eucarística, de la veneración a las reliquias de la Pasión, y de la devoción a Santa María y a los demás santos.

André Vauchez, del Institut de France, Paris, escribe sobre “Visionarios y profetas en la Francia de los siglos XIII-XV”, para hacerse eco de las investigaciones que, durante los últimos veinte años, han puesto de relieve la existencia en Francia de corrientes espirituales con sensibilidad escatológica, ante la angustia personal y colectiva que originaron los conflictos entre el poder espiritual y el temporal, y los desastres de la guerra de los Cien Años. Bajo el influjo de la figura del Anticristo místico, propiciada por Pedro Juan de Olivi en su *Expositio in Apocalipsim* y de las visiones sobre las edades del mundo de Joaquín de Fiore, algunos autores franceses, como el dominico atípico Roberto d’Usés, en sus libros *De las misiones* y *De los sermones*, o el franciscano Juan de Roquetaillade, en su *Liber secretorum eventuum*, también se hicieron eco de los anuncios de crisis escatológicas, con el anuncio de grandes eventos futuros, que circularon en los ambientes sociales y culturales de la época. Desde esa perspectiva se hace mención de las revelaciones privadas hechas a Santa Brígida de Suecia y a Santa Catalina de Siena y sus demandas por el retorno a Roma de los papas de Avignon. Un sentido diferente

tuvo la escatología que caracterizó al jubileo del año 1400, que llevó a Roma a muchos peregrinos franceses en contra del sentir del Papa de Avignon y del rey de Francia. El estudio concluye dejando constancia de la actitud de Gerson y otros teólogos de París ante una figura tan controvertida como Santa Juana de Arco.

Los ocho estudios dedicados a la Edad Moderna se inician con el realizado por Marc Venard, de la Universidad Paris Ouest-Nanterre-La Défense (Paris X): "La ruptura confesional", en que se da razón de los pasos seguidos en la penetración del protestantismo en Francia, que no pudo ser impedida ni por la vitalidad del numeroso clero en los inicios del siglo XVI ni por los intentos de reforma de los monasterios y en lo relativo a la formación del clero. En ese sentido se alude al influjo ejercido por el grupo de Meaux en torno a su obispo Guillaume Briçonnet, desde 1516; a los círculos evangélicos favorecidos por Margarita d'Angoulême; a la corriente que, desde Basilea, impulsó Guillaume Farel y a la incidencia que tuvo la asunción de la reforma francesa por parte de Calvino. Se hace referencia también a la crisis político-religiosa que, derivada de los referidos acontecimientos, tuvo lugar entre los años 1559-1584 y a la renovación católica consiguiente al asentamiento del protestantismo en Francia.

Bernard Dompnier, de la Universidad Blaise-Pascal (Clermont-Ferrand 2), en su colaboración "Las prácticas religiosas del Antiguo Régimen", se propone analizar la diversidad de prácticas religiosas surgidas a raíz del edicto de Nantes (1598), que legalizó el culto reformado, y que no desapareció con la revocación de ese edicto, el año 1685. Como característica más destacada de la práctica religiosa católica, se señala la transformación del culto a los santos, como respuesta de ayuda ante el sufrimiento y ante la muerte, y la transformación de la plegaria en relación personal con Dios y específicamente afectiva, como se desprende de la devoción al Corazón de Jesús. No parece que se produjera una descristianización, pero sí un alejamiento de las élites, que contribuyó a que el catolicismo pudiera ser visto como la religión de los pobres.

"Las Iglesias reformadas en los siglos XVII y XVIII" es el tema estudiado por Didier Boisson, de la Universidad d'Angers, que comienza refiriéndose a la situación de esas Iglesias durante el periodo de vigencia del edicto de Nantes y al desaparecer el partido de los hugonotes. Se da razón después de la situación de los protestantes en la sociedad francesa del siglo XVII y de las relaciones confesionales en ese periodo. El autor se detiene también exponiendo algunos rasgos de la vida de las Iglesias reformadas en el siglo XVII, del culto reformado y de los países de refugio de los reformados al ser revocado el edicto de Nantes. El estudio se refiere luego a la reorganización del culto reformado entre los años 1715-1789 para concluir exponiendo la situación del protestantismo francés al finalizar el Antiguo Régimen.

Jean-Louis Quantin, de l'École Pratique des Hautes Études de París, titula su colaboración "Jansenismo y rigorismo", que se inicia indicando las diversas formulaciones del significado dado al jansenismo: "un jansenista es un calvinista que celebra o asiste a Misa" o "un jansenista es un discípulo de san Agustín". Se continúa luego destacando los orígenes belgas del jansenismo en Francia para señalar después el avance del rigorismo que supuso el paso del jansenismo a Francia y cómo se produjo el paso del primero al segundo jansenismo, para concluir refiriéndose al jansenismo del siglo XVII.

"La escuela francesa de espiritualidad" es el tema tratado por Yves Krumenacker, de la Universidad Jean Moulin (Lyon 3). El siglo XVII ha sido considerado el siglo de los santos y, de modo particular, de los santos franceses, así como el siglo XVI fue el siglo de los santos españoles. De ahí que, ya a mediados del siglo XIX, se comenzó a hablar de la existencia de una escuela francesa de santidad en el siglo XVII, cuyos orí-

genes no es fácil determinar por la incidencia que en este ámbito tuvieron los sulpicianos, los jesuitas, los carmelitas y san Francisco de Sales. Una prueba del interés que despertó la espiritualidad en ese momento es que, entre 1598 y 1643, un tercio de las obras impresas en París eran de carácter religioso. Un papel destacado en esa formación espiritual tuvo Pierre de Bérulle que, desde finales del siglo XVI, se entregó a la renovación de la Iglesia por el redescubrimiento de la grandeza de Dios y la adoración en comunión con los estados de Jesús, que debía ser impulsada por los sacerdotes, a cuya formación atribuyó gran importancia. Ponderando los frutos de esa renovación se ha podido decir que nunca como entonces fueron los sacerdotes tan devotos y tan instruidos, gracias a la interiorización de virtudes como la humildad, la modestia y la penitencia. Como inconvenientes de esa corriente espiritual, el autor señala su insistencia en considerar al sacerdote como un hombre apartado del mundo y voluntariamente alejado de la cultura de su tiempo, para limitar sus funciones al ámbito del culto divino, lo que pudo desembocar en “un clericalismo aparentemente eficaz, pero no preparado para afrontar las transformaciones profundas que demandaba la Francia de finales del siglo XVIII” (p. 391).

Dominique Julia, de l'École des Haute Études en Sciences Sociales, París, titula su estudio: “El catolicismo francés y la Ilustración”. Lo inicia acudiendo a una serie de textos en que Montesquieu ironiza en torno a la polémica teológica surgida, a raíz de la publicación de la bula *Unigenitus*, el año 1713, y que muestran cómo la autoridad del libro cayó en un notable descrédito. Como reacción a ese clima de acoso, al que también había contribuido el jansenismo, a mediados del siglo XVIII, algunos párrocos de París exigieron una cédula de confesión, firmada por un sacerdote acreditado por el arzobispado -o sea no jansenista-, antes de dar los sacramentos a los moribundos, lo que llevó al Parlamento a su apresamiento aumentando así el clima de crispación. Paralelamente se destaca la desconfianza que despertó en los eclesiásticos de París la tesis presentada por el religioso Jean-Martin de Prades en la Facultad de Teología inspirada en el sensualismo de Locke y en las tesis de la *Encyclopédie*. Finalmente, el autor va dando razón de los pasos que fueron acrecentando la desconfianza de las congregaciones romanas, ante los escritos de Rousseau y el *Diccionario filosófico* de Voltaire, hasta su condenación.

“Iglesia católica y sociedad en Francia (siglos XVI-XVIII)” es el tema desarrollado por Olivier Poncet, de l'École National des Chartes, París: Aunque en la Francia moderna las estructuras sociales, económicas y culturales son en gran parte de inspiración medieval, destaca el autor una abierta tendencia a un desarrollo uniforme de la sociedad, favorecida por la Iglesia -que proporcionó al gobierno muchos ministros y consejeros- y por el papado en la época que abarca su estudio. Desde ese estado de cosas, se muestra cómo la monarquía y los eclesiásticos constituían el primer orden del reino y la Iglesia podía ser considerada como una potencia económica. El reino contaba con unas 35.000 parroquias y un sistema beneficcional que incluía unos 60.000 clérigos. También las vocaciones religiosas experimentaron un aumento notable en la época, aunque las antiguas órdenes padecieron una disminución. El trabajo concluye presentado la vertiente de asistencia social, beneficencia y participación en la educación popular, que prestaban las instituciones de la Iglesia.

Alain Tallon, de la Universidad Paris-Sorbonne (Paris IV), escribe bajo este título: “Religión y monarquía en Francia durante el Antiguo Régimen”. Su punto de partida destaca que estamos ante una monarquía evangélica, asentada en un ligamen personal del monarca con Cristo. Eso implica que esa religión monárquica no sólo afirmaba su autonomía de ámbito político, sino que se consideraba superior a todas las estructuras

de ámbito moral o social, lo que, a juicio del autor, envolvía un cierto cinismo no lejano a las tesis de Maquiavelo, a pesar de presentarse como una monarquía devota. De ahí que la cuestión principal que se plantea el autor al concluir su estudio es que “la historiografía francesa reciente ha abrazado el concepto laicización, del todo anacrónico para este periodo. Pero no ha renunciado al reflejo como innato, y consiguientemente en gran medida inconsciente, de los intelectuales franceses, que ven en el Estado una alternativa a la Iglesia. Esta alternativa no pasa ya a través del triunfo de la razón política sobre la fe religiosa, sino por un *transfert* de la sacralidad” (p. 456).

Los siete estudios relativos a la Edad Contemporánea se inician con el que Jacques-Olivier Boudon, de la Universidad Paris-Sorbonne (Paris IV), titula: “Política y religión desde la Revolución a la separación”. En él se presentan los planteamientos básicos que, a partir de la ruptura en las relaciones del Estado y la religión, hecha por la Revolución francesa, se fueron sucediendo en los diversos regímenes políticos hasta la separación de la Iglesia y el Estado en 1905. Aceptando como fruto positivo de la Revolución el derecho de libertad religiosa, que permitió el reconocimiento de los protestantes y de los hebreos como ciudadanos franceses, se pasa después a señalar las características del sistema de cultos reconocidos, plasmado en el concordato napoleónico de 1801 que, sin negar el principio de libertad religiosa, tendió hacia una nueva unión del trono y del altar, lo que propició una radicalización de la laicidad en la Tercera República, que se proyectó primero en el ámbito de la enseñanza laica y luego en la supresión de todo signo religioso en la vida pública, con la pretensión de eliminar la influencia de la Iglesia católica en la sociedad y confinar la religión a la sola esfera privada. Las múltiples iniciativas de los católicos, en el ámbito de la enseñanza privada y de la asistencia, no lograron pacificar la vida pública, quizá por una confianza excesiva en el sistema monárquico. En todo caso, con la separación de la Iglesia de la vida pública, en 1902, se radicalizó aún más la política anticatólica y se hizo más difícil la vida de la Iglesia.

Sylvain Milbach, de la Universidad de Savoie, analiza dos respuestas al proceso de secularización por parte de las élites: “El catolicismo intransigente y el catolicismo liberal en el siglo XIX”. El nacimiento oficial de los intransigentes se sitúa en el año 1864, con el *Syllabus*, y tiende a confundirse en Francia con el ultramontanismo o ingerencia del poder espiritual en lo temporal. El catolicismo liberal nació como reacción al gobierno de restauración, en 1828, y pretende limitar la influencia del clero y particularmente de los jesuitas en el campo de la enseñanza. Al proponerse hacer una pequeña radiografía de las dos referidas tendencias, el autor hace notar que ambas tienen una misma historia, en que las dos se confunden antes de divergir: ambos comparten la misma cultura, tienen los mismos objetivos, utilizan los mismos instrumentos; pero se oponen en la sensibilidad ante el mundo moderno. La coherencia interna de cada uno de esos grupos, no sólo se construyó lentamente, sino que nunca fue completa, de ahí que, en el análisis de las consecuencias, exista una paradoja de la intransigencia y una paradoja del catolicismo liberal.

En su estudio “Evolución de las prácticas religiosas en Francia (siglos XIX-segunda mitad del XX)”, Guillaume Cuchet, de la Universidad Charles-de-Gaulle (Lille 3), se sitúa en el plano de la sociología religiosa y la pluralidad de prácticas vividas en Francia con anterioridad al Vaticano II. A partir de las aportaciones de Gabriel Le Bras y de F. Boulard, que destacan los contrastes regionales, sociológicos y antropológicos de esas prácticas, el autor muestra su sintonía con los especialistas que no aceptan el concepto desecristianización que, entre los años 1960-1980, se utilizó, como expresión de los resultados del análisis de las prácticas religiosas, para abrirse a las opiniones que hablaron de una renovación

católica entre los años 1930-1960. El estudio concluye presentando algunos aspectos de prácticas religiosas del siglo XIX reflejados en las publicaciones religiosas, en las devociones y en las líneas propuestas para alimentar la piedad de los fieles.

Claude Prudhomme, de la Universidad Lumière (Lyon 2), titula su exposición: “Francia y las misiones extranjeras (siglos XVIII-XX)”. Situada en el siglo XVIII la génesis y la afirmación de la idea misionera del catolicismo francés, se la ve como una herencia característica de la época moderna en la que ejerció una influencia determinante la Revolución, por ser una manifestación de la universalidad de la religión en abierto contraste con la universalidad exaltada en 1789. La obsesión por la salvación de las almas es la fuerza impulsora de ese empuje misionero, que se abrió a nuevos mundos, hasta llegar a ocuparlos exportando un catolicismo de combate firmemente adherido a Roma en cierta afinidad con el ultramontanismo. Entre 1850 y 1950 se sitúa el que puede ser considerado el siglo de oro de las misiones francesas, que ha podido dar pie a una leyenda áurea a una leyenda negra y a una historia, que el autor trata de diferenciar, afirmando que estamos ante un siglo de fecundidad excepcional, que puede considerarse como un triunfo del catolicismo intransigente, en que las misiones y “la grandeur” de la nación francesa pudieron estar en cierta connivencia o confusión. Entre los años 1880-1939, surgen los primeros cuestionamientos de los planteamientos anteriores, con las disputas sobre las Iglesias indígenas que se abren hacia una teología misionera impulsora de nuevos modelos misioneros. En su última parte C. Prudhomme, haciéndose eco del magisterio del Vaticano II sobre la implicación de todos los fieles en la vocación misionera de la Iglesia, aunque sean diferentes los modos de realizarla, alude a la novedad que en este ámbito han supuesto los movimientos apostólicos y de solidaridad con los pueblos indígenas que, lejos de presentarse como corrientes de fuerza, son una invitación al cambio por la fuerza de su testimonio.

“Las religiones y el Estado después de la separación de la Iglesia y el Estado” es el tema abordado por Jean-Marie Mayeur, de la Universidad Paris-Sorbonne (Paris IV). El estudio da razón de los pasos seguidos en la evolución del sistema de separación que, iniciado el 9 de diciembre de 1905, convirtió a los cultos en asociaciones privadas. Esos pasos hacia una reconciliación se iniciaron el año 1914, al ser llamados los religiosos exilados para alistarse en el ejército, y llevaron a un mayor acercamiento el 10 de julio de 1940, cuando el régimen de Vichy puso fin a la III República. Pasada la II Guerra Mundial, no se produjeron reacciones anticlericales: sólo en el ámbito escolar se suprimieron las disposiciones favorables a la enseñanza privada católica, dadas en tiempo de Vichy, para volver a la situación anterior. Ese estado de cosas no ha sido cambiado en el debate sobre la laicidad durante la V República, cuyos postulados deben hacer frente ahora a los problemas planteados por la población islámica en Francia, y que se viene presentando últimamente como laicidad “positiva”, “serena” o “dialogante”.

Florian Michel, de la Universidad Paris I Panthéon-Sorbonne, escribe sobre “Intelectuales, teólogos y cultura católica francesa en el siglo XX”. Sin pretender hacer una síntesis de las aportaciones intelectuales y teológicas de los católicos, entre la primera guerra mundial y el año 1975, se propone el autor ofrecer un cuadro suficientemente indicativo de la incidencia de la renovación intelectual de los teólogos y pensadores católicos en Francia. La obra de Jacques Maritain (1882-1973) y su recepción constituyen la estructura en torno a la cual se va a desarrollar la exposición, siguiendo estos pasos: Las aportaciones de Maritain; sus continuadores; de Blondel a de Lubac o el miedo a un empobrecimiento; de Charles Maurras a Jean Madiran o el miedo a la apertura. En el sentir del autor, es significativo que los mejores frutos de renovación son de matriz

tomista y patristica, con un retorno a los orígenes que ha ofrecido buenas traducciones, tanto de la Biblia como de las obras de los Padres, lo que ha propiciado también un renacimiento de los estudios bíblicos y ecuménicos. En cuanto a los planteamientos doctrinales de base, el autor concluye que han continuado manteniendo unas posiciones polémicas influenciadas por los postulados modernistas, que, lejos de haber muerto, como en su día afirmó Chenu, parecen prolongarse en el neo-modernismo de los años postconciliares, como hizo notar Maritain.

La serie de colaboraciones que venimos exponiendo se concluye con el trabajo de Denise Pelletier, de l'École Pratique des Hautes Études, Paris: "La religión en Francia en la segunda mitad del siglo XX". Un interrogante básico se plantea en este estudio: ¿Se puede hablar de una crisis general de las religiones en Francia, o es más preciso referirse a crisis parciales al interior de las diferentes confesiones religiosas, que no impiden la pervivencia de una nueva vitalidad religiosa cuyas convicciones no se proyectan, como en épocas anteriores, sobre todo el cuerpo social? En este sentido se ofrecen datos estadísticos sobre la decadencia del influjo social del catolicismo y de su resistencia a la secularización, sobre la vida religiosa de la comunidad judía, sobre la fragilidad protestante y sobre el Islam como segunda confesión religiosa de Francia.

Como puede verse, estamos ante una publicación cuya temática es de gran interés para un sector muy amplio de lectores cultos, conscientes de la importancia primordial que el fenómeno religioso tiene en la historia y en la vida actual de Europa, habida cuenta del valor primordial que la historia y la vida de Francia han tenido siempre en la historia y en la vida de nuestro continente y no sólo en sus orígenes. Esa capacidad de atracción que, para una gama muy diversa de lectores, tiene la obra que nos ocupa, se basa en su apertura a las más diversas manifestaciones de la vida religiosa que, entañadas en las convicciones más profundas de los franceses -fieles hijos de la Iglesia y súbditos de la Monarquía o ciudadanos de la República, según las circunstancias cambiantes de los tiempos-, han pervivido o se han ido sucediendo a lo largo de la historia del pueblo francés. Porque el núcleo histórico que, dentro de la variedad temática de las sucesivas colaboraciones, se mantiene siempre, gira en torno a la vida religiosa de los fieles laicos de todas las épocas, casi siempre olvidados en las tradicionales historias de la Iglesia.

Ese planteamiento explica que los cambios que, en la vida del pueblo iletrado impulsó el culto cristiano, ya desde sus pasos iniciales, constituya el prisma de atención preferente del análisis histórico, que se continúa exponiendo los datos relativos a la vida religiosa de los laicos en la Iglesia carolingia; en la consideración de las prácticas religiosas de los fieles en las iglesias rurales anteriores a la reforma gregoriana; o en lo referente al fervor pastoral y a la práctica religiosa de los laicos implicados en la vida de las parroquias en etapas históricas posteriores. Esa misma perspectiva de la vida religiosa de los laicos abre cauce también a la consideración de los datos que ponen de relieve la profunda incidencia de la vida religiosa en la historia de la cultura francesa, como son muy coherentes también los análisis de sociología religiosa que tienen lugar en otras colaboraciones, sin olvidar la significación que, para la vida religiosa de los fieles, tuvieron las diferentes corrientes de espiritualidad o las experiencias de los visionarios, profetas y herejes, manteniendo siempre el profundo respeto que merecen las diferentes confesiones religiosas. Y, desde otra perspectiva, se mantiene también la coherencia temática en las colaboraciones relativas a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, tanto en el Antiguo Régimen como en las etapas posteriores a la Revolución, y el seguimiento que se hace de la incidencia de los diferentes regímenes políticos en el libre ejercicio de la vida religiosa de los ciudadanos.